La Vida Buena, el Camino de Dios

James H. Toner, Ph.D.

SERIE CONSTRUYENDO LA IGLESIA DOMÉSTICA

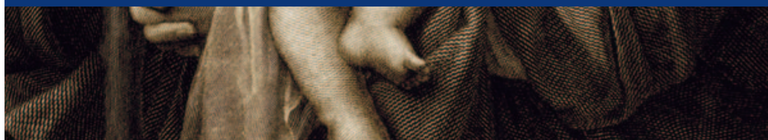






Construyendo Iglesia Doméstica

Mientras Fortalecemos Nuestras Parroquias



"La familia como iglesia doméstica es primordial para la obra de la nueva evangelización y para la futura sostenibilidad de nuestras parroquias."

– Pasado Caballero Supremo Carl Anderson

Caballeros de Colón presenta
Serie Construyendo la Iglesia Doméstica

La Vida Buena, el Camino de Dios

Una introducción a la vida buena para los católicos

Dr. James H. Toner

Editor Géneral
Padre Juan-Diego Brunetta, O.P.
Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nihil Obstat
Censor Deputatis
El Reverendo J. Alex Sherlock

Imprimatur
Oscar J. Lipscomb
Arzobispo de Mobile
28 de enero de 2002

Copyright © 2008-2023 por el Consejo Supremo de los Caballeros de Colón. Derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1997, United States Catholic Conference, Inc. – Librería Editrice Vaticana.

Las citas de los documentos conciliares fueron tomados de la página web de la Santa Sede (www.vatican.va).

Portada: Bergognone, *Cristo Resucitado de la Tumba*, c. 1490, Galería Nacional de Arte, Washington, D. C.

Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida o transmitida en alguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por banco de información y sistema de restauración, sin permiso escrito de la casa publicadora. Escriba a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council
PO Box 1971
New Haven, CT 06521-1971

www.kofc.org/sic
cis@kofc.org
203-752-4267
800-735-4605 fax

Impreso en los Estados Unidos de América

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN 1
¿UNA FORMA O DIVERSAS FORMAS? 1
NORMAS DE LA MORAL:
¿OPINIÓN DE LA MAYORÍA O VERDAD OBJETIVA? 2
SIGUIENDO EL CAMINO DE LA VERDAD 4
LA VERDAD Y LA MULTITUD 5
USAR EL NOMBRE CORRECTO 7
EL SIGNIFICADO Y LA NATURALEZA DE LA CONCIENCIA . . . 9
HACIENDO LA VOLUNTAD DE DIOS 10
LAS VIRTUDES: LA BONDAD DENTRO DE NOSOTROS 11
PRUDENCIA: LA VIRTUD DE LA SABIDURÍA 12
JUSTICIA: LA VIRTUD DE LA VERDAD 14
FORTALEZA: LA VIRTUD DEL VALOR 16
TEMPLANZA: LA VIRTUD DE LA LIBERTAD 17
VIVIENDO LA VIDA BUENA: CÓMO CRECER EN VIRTUD . . 19
NOTAS AL CALCE 22
FUENTES 23
SOBRE EL AUTOR 24

La Vida Buena, el Camino de Dios

UNA INTRODUCCIÓN A LA VIDA BUENA PARA LOS CATÓLICOS

INTRODUCCIÓN

This Este folleto es una introducción a la vida buena — la *verdadera* vida buena — para los católicos romanos. Jesucristo es el Camino (Juan 14, 6), y seguirlo significa adoptar una forma santa de vida y convertirse en los hombres y mujeres buenos, sabios, fuertes y puros que Dios quiere que seamos.

El Dios Todopoderoso, que nos hizo criaturas pensantes, desea que usemos nuestra inteligencia para comprender la vida buena y las formas en que Él quiere que crezcamos en bondad. La finalidad de este folleto es ayudar al lector católico a pensar con claridad sobre la moral y la vida de virtud. Éste es el camino de Cristo, y lleva a un Reino.

¿UNA FORMA O DIVERSAS FORMAS?

Una vez en una pequeña aldea en un país distante, el pueblo tenía una arraigada costumbre. Todos los años, en la fecha señalada, la gente se reunía en la plaza del pueblo y participaba en una lotería. Pero en esta lotería lo que se jugaban no era dinero; se jugaban la vida, como veremos. El ganador de la primera ronda siempre era una familia, cuyos miembros participaban entonces en una segunda para escoger el agraciado ganador. Cuando se anunciaba al "ganador", todo el el pueblo le caía encima a pedradas hasta matarlo, sin importar su edad, sexo o incapacidad. Saben, esto tenía que hacerse. De lo contrario las cosechas de ese año serían malas. Estaba bien matar a la persona a pedradas; lo decía la cultura.[1]

Alegar que toda sociedad tiene el derecho de determinar sus propias normas para el bien y el mal, el honor y la deshonra, la virtud y el vicio, es lo que se conoce como relativismo cultural. Bajo la insignia del *relativismo cultural*, toda decisión moral depende del tiempo y lugar; no hay valores o virtudes transcendentales o absolutas. En la medida en

que existe una norma para definir si los actos son correctos o incorrectos, ésta se deriva sólo de las costumbres de la sociedad en cuestión. Por eso, en esa pequeña aldea donde todos los años matan a pedradas a alguien, podemos decir que tal práctica es aceptable. Porque, ¿quiénes somos nosotros para juzgar?

Por supuesto, matar a una persona a pedradas para asegurar buenas cosechas no es muy buena meteorología. Pero ya que admitimos que algunas culturas son científicamente analfabetas, ¿podríamos decir que algunas podrían ser también "moralmente analfabetas?" O, sin tomar en consideración los hechos, ¿sería excesivamente "sentencioso" e "intolerante" de nuestra parte decirlo?

El escritor inglés G.K. Chesterton (1874-1936) comentó en una ocasión que la tolerancia es la virtud de las personas que no creen en nada; y por consecuencia, no tienen normas por las cuales juzgar, lo que significa que pueden ser extremadamente "tolerantes". Dentro de cualquier sociedad o cultura la mayoría puede estar equivocada, de hecho. Tal como lo señaló el Arzobispo Fulton J. Sheen (1895-1979), en la primera encuesta de opinión pública, la mayoría de la gente escogió a Barrabás sobre Jesucristo (Mateo 27, 20, Lucas 23, 18). Observó Sheen: "Lo correcto es y sigue siendo correcto aun si nadie está en lo correcto, y lo incorrecto sigue siendo incorrecto aun si todo el mundo está equivocado".[2]

NORMAS DE LA MORAL: ¿OPINIÓN DE LA MAYORÍA O VERDAD OBJETIVA?

El hecho de que un acto sea correcto o incorrecto no depende del número de sus defensores. Si, por ejemplo, en la clase de matemáticas de una escuela de educación media, la mayoría de los estudiantes pensara que siete por ocho da cincuenta y cinco, su consenso equivocado no derogaría las leyes matemáticas. Las acciones populares o hasta las leyes aprobadas por una legislatura no necesariamente son morales o éticas. Aun si "todo el mundo" en esa pequeña aldea participara en la lapidación, no deja de ser malo, y aun pecaminoso, este asesinato.

Nosotros los católicos tenemos una norma para juzgar no sólo los actos y las leyes, sino sociedades enteras. La norma es Jesucristo, el mismo de ayer, hoy y siempre (Hebreos 13, 8). Creemos que Jesús, el Verbo de Dios Encarnado se introdujo a la historia humana y permanece como la norma perdurable para juzgar el bien y el mal. La Biblia nos dice con claridad que no debemos juzgar actos, leyes y culturas sólo con normas humanas (Mateo 16, 23, Juan 12, 43); más bien debemos juzgar con las normas que Dios nos ha dado (Mateo 15, 8-9, Marcos 7, 6-8, Juan 7, 24, Hechos 5, 38-39). Como escribió el Papa Juan Pablo II en su encíclica *El Esplendor de la Verdad*, "la Revelación enseña que el poder de decidir sobre el bien y el mal no pertenece al hombre, sino sólo a Dios".[3]

Vivimos en una era y en un tiempo en que muchos nos dicen que nada es cuestión de verdad, sino que todo es cuestión de gusto (2 Timoteo 3, 2-7). A ti te gusta el chocolate, a él le gustan las fresas, a ella le gusta la vainilla. Siguiendo esa misma línea de razonamiento, él piensa que el aborto es moral y ella piensa que el aborto es maligno. ¿No es todo en realidad cuestión de juicio personal, de valoración privada, de "gusto"? ¿Quién nos guiará hacia la "verdad"?

Nosotros los católicos contestamos esa pregunta diciendo que Jesús *es* el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6). Hay tres preguntas sublimes en la Biblia: la de Pilatos (Juan 18, 38), la de Pedro (Juan 6, 68) y la de Cristo. A través de los siglos, los seres humanos han buscado la verdad. La pregunta cínica de Pilatos: "¿Qué es la verdad?" — planteada al que es la Verdad misma encarnada — se repite hoy en las sociedades del mundo entero, porque todos nosotros necesitamos encontrar un propósito, un significado, un destino. ¿Existe la Verdad (una Verdad con "V" mayúscula); o existen sólo "verdades" personales fragmentadas? Los cristianos conocen la respuesta a esa pregunta vital (Juan 10, 30, 1 Juan 5, 6).

Los creyentes también conocen la respuesta a la pregunta de San Pedro: "Señor, ¿a quién vamos a acudir?" ¿A quién más debemos acudir en busca de significado y propósito en nuestras vidas, sino a Cristo? ¿Acudimos al amor por el dinero, al amor al poder, al amor por el placer

del sexo, a la bebida, a las drogas o a la glotonería? Nosotros sabemos, más bien, que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14, 6), y que su Iglesia es la custodia de las llaves (Mateo 16, 19), el hogar de los sacramentos (ver Juan 6, 22-59, 20, 23), y "la columna y fundamento de la verdad" (1 Timoteo 3, 15). Nos toca a nosotros contestar la pregunta inquietante que el Señor planteó a Pedro, y también a nosotros: " ¿Quién dices *tú* que soy yo?" (Mateo 16, 15, Marcos 8, 29, Lucas 9, 20). El saber la respuesta nos ayuda a actuar a la luz de este conocimiento (1 Juan 3, 18) y por lo tanto a ser verdaderamente libres.

SIGUIENDO EL CAMINO DE LA VERDAD

Nuestra respuesta a la pregunta del Señor dicta — o debería dictar — nuestra respuesta ante los retos morales. Si Cristo es mi Señor y mi Dios (Juan 20, 28), entonces debo aceptar su Palabra como mi promesa. De la Sagrada Tradición puedo obtener mi fuerza moral y determinar qué es correcto decir o hacer. La Sagrada Tradición consiste en "las enseñanzas y prácticas transmitidas, sea en forma oral o escrita, separada pero no independientemente de la Escritura. La Tradición se divide en dos áreas: (1) la Escritura, las doctrinas esenciales de la Iglesia, los principales escritos y enseñanzas de los Padres, la vida litúrgica de la Iglesia y la fe viva y vivida de toda la Iglesia a través de los siglos; (2) costumbres, instituciones, prácticas que expresan la fe cristiana"[4]

El Papa Juan Pablo II dio una respuesta contundente a la distorsión moral del relativismo cultural en su encíclica del 1993 *El Esplendor de la Verdad*: "Si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres: los intereses de clase, grupo o nación, los contraponen inevitablemente unos a otros".[5]

Esta Verdad trascendente puede parecer algo complicado, que más vale dejar a los obispos y los eruditos, pero la Verdad es realmente una luz que nos sirve de guía a todos nosotros. Este es un punto que el Dr. Martin Luther King, Jr. defendió de forma conmovedora en 1963 en su "Carta desde la Cárcel de la Ciudad de Birmingham". El Dr. King estaba

en la cárcel por dirigir protestas no violentas en contra de la discriminación racial. Escribió la carta a otros pastores explicándoles por qué él había escogido ese camino, explicándoles la diferencia entre las leyes justas y las leyes injustas. “Una ley justa es un mandato formulado por el hombre que corresponde a la ley moral o la ley de Dios. Una ley injusta es una norma en conflicto con la ley moral. Para decirlo con palabras de Santo Tomás de Aquino: Una ley injusta es una ley humana que no tiene su origen en la ley eterna y en el derecho natural. Toda norma que enaltece la personalidad humana es justa; toda norma que degrada la personalidad humana es injusta”.

¿Puede haber alguna duda de que apedrear a muerte a una persona — sin importar lo que pueda decir la cultura — es clara y escandalosamente malvado? Los católicos deberán recordar siempre que, aunque somos llamados a ser ciudadanos fieles y obedientes (Romanos 13, 1-7, Tito 3, 1, 1 Pedro 2, 13-14), siempre debemos poner primero la fidelidad a Cristo y cuando haya algún conflicto “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5, 29).

LA VERDAD Y LA MULTITUD

Continuando nuestro camino, consideremos dos casos más que presentan una moralidad de grupo en conflicto con el camino de Cristo.

Piense en una clase de matemáticas de una escuela de educación media (¡probablemente la misma donde los estudiantes no saben cuánto es siete por ocho!) donde copiar es la norma. Podemos escuchar la explicación: “ ¡Todo el mundo lo hace!” Pero, ¿eso qué tiene que ver? Si cierta práctica es aceptable o popular en nuestro círculo de amigos, ¿es eso suficiente para aceptar la práctica como moral? Esta sugerencia viene a ser relativismo ético, la idea de que el bien y el mal varían de acuerdo con los diferentes contextos sociales. Si su grupo actúa o piensa de cierta forma, ¿está bien si usted sigue la corriente? En nombre de la diversión, frivolidad, amistad, compañerismo y fraternidad se han cometido crímenes monstruosos. El engaño — sea al cónyuge, en las declaraciones fiscales, o en las transacciones comerciales — es malo. Siempre es malo. Las personas aprenden a engañar (2 Pedro 2, 1-2) —

quizás en las clases de matemáticas — pero, con formación moral y la ayuda de Dios, pueden aprender a ser honestas y rectas.[6] Cuando la pandilla o el grupo (o hasta la clase de matemáticas) llega doblegar nuestra conciencia, o cuando al individuo no le queda espacio para la convicción espiritual, esto va en detrimento de la verdad, y las personas.

El engaño en una clase de matemáticas puede parecer insignificante, pero Jesús señala que “el que es injusto en lo mínimo, también lo es en lo mucho” (Lucas 16, 10-12). Consideremos algo más serio.

Suponga que la próxima semana le van a hacer una apendectomía. El cirujano que le extraerá el apéndice es un alcohólico que sufre de “temblores”. Este cirujano últimamente ha chapuceado malamente algunas cirugías rutinarias, poniendo en riesgo la vida de varios pacientes. Una de las enfermeras de la sala de operaciones, conociendo el problema de abuso de alcohol y del peligro que representa para los pacientes, incluso ha dicho que ella reportaría al cirujano si él no deja de operar y busca ayuda. Pero los colegas de la enfermera le han dicho que estaría mal denunciarlo; que eso sería delatar a un compañero de profesión y podría arruinar la carrera de ella. Además, los sobrevivientes siempre pueden demandar al médico y al hospital: nadie le echará la culpa a la enfermera si el médico comete un error fatal. Está bien que la enfermera guarde silencio, o eso es lo que dice la “sabiduría” popular. Seguramente está bien que ella “se haga la ciega”; después de todo, los otros médicos y enfermeras se lo han dicho. ¡ Buena suerte, paciente!

¿Qué puede decirse en un caso como éste? Hace más o menos cuarenta años, el escritor inglés Harry Blamires escribió: “La lealtad en sí misma no es una base moral para la acción. La lealtad a un hombre bueno, a un buen gobierno, a una buena causa, es diferente. Pero en estos casos, ...uno está del lado del bien”.[7] La lealtad a los amigos o a los compañeros de profesión no se puede obtener a cambio de nuestro compromiso con la verdad. De hecho, éste puede ser el sentido de una extraña amonestación de Nuestro Señor a un posible seguidor que sólo pide tiempo para enterrar a su padre antes de ser su discípulo. “Sígueme”, dice Jesús, “y deja que los muertos entierren a sus muertos”

(Mateo 8, 21-22). no significa que no demos sepultura a nuestros parientes, sino que nuestro compromiso con Cristo debe ser siempre lo primero y lo más importante (cf. Mateo 19, 16-30). La amistad, el compañerismo y la fraternidad son importantes y son buenos en el lugar que les corresponde. Pero si el costo de la amistad es el honor y la honestidad, el precio es demasiado alto. Y si el precio que debemos pagar por la lealtad a las personas es nuestro compromiso con Cristo y su Iglesia, eso está mal (cf. 1 Juan 2, 15). Convertir en dios — es decir, aceptar como supremos sus deseos o mandatos — a nuestra patria (como en Juan 19, 15), a nuestra cultura o nuestras costumbres, nuestros jefes, nuestro trabajo, nuestros amigos, o nuestras propiedades y posesiones, es cometer el pecado de idolatría, que es la esencia de toda moralidad falsa. El Primer Mandamiento (Éxodo 20, 3; cf. Hebreos 12, 29) es absoluto: no adoraremos a nadie ni nada excepto a Dios. Ahí está la esencia de la verdadera moralidad.

Nuestra fe católica nos dice que, aunque la creencia y la fe son vitalmente importantes (Romanos 10, 9-10, Gálatas 2, 16, Juan 14, 6, Hechos 16, 31), ser fieles a la fe haciendo buenas obras también es importante (Romanos 2, 6; Gálatas 6, 7-10; Efesios 2, 8-10; Santiago 2, 18, 24; Juan 14, 12). Pero la clave es que las obras sean realmente buenas. ¿Qué debemos hacer cuando nuestra ciudad o nación, nuestro jefe, nuestros amigos, o hasta nuestro cónyuge nos piden que hagamos algo que nosotros reconocemos — quizás con pesar — como algo malo?

USAR EL NOMBRE CORRECTO

Aunque este primer paso pueda parecer raro, nuestra responsabilidad inmediata es, en cierto sentido, *llamar las cosas por su nombre*. Por ejemplo, hacer cosas malas es pecado; hacer cosas realmente malas a sabiendas y deliberadamente es pecado mortal, el que nos pone en peligro de condena eterna en el infierno (1 Juan 5, 16-17). Visto de esta manera, la "mala acción" que yo podría realizar para complacer a mi cultura o a mis amigos, se muestra tal y como es.

He aquí un ejemplo práctico: abortar a un niño no nacido es matar al inocente (Éxodo 20, 13, Jeremías 1, 5). Como dice el Santo Padre: "La

aceptación del aborto en la mentalidad, en las costumbres y en la misma ley es señal evidente de una peligrosísima crisis del sentido moral, que es cada vez más incapaz de distinguir entre el bien y el mal, incluso cuando está en juego el derecho fundamental a la vida”.[8] Sin embargo, en muchos casos la prensa popular defiende el asesinato de los niños nonatos por ser la postura de la “proelección”; se acusa a quienes se oponen al aborto de ser “antielección”. La posición “antielección” es la “posición provida”, lo cual convierte a los que apoyan el aborto en “antivida”, pero ése no es un término que que se oiga o se lea. Del mismo modo, las personas que roban hablan de “apañar”; las personas que engañan “le ganan”; las personas que mienten se describen a sí mismas como “creativas”. El segundo mandamiento — “No jurarás en falso el nombre de Yahveh, tu Dios” — nos recuerda mucho más que no “jurar.” Nos recuerda que lo que es santo sólo se debe mencionar en lenguaje santo. Por añadidura, lo malo no debe ser excusado con eufemismos o con lenguaje simple o tonto (cf. Efesios 4, 28; 5, 4). Tenemos que llamar las cosas por su nombre para entenderlas con claridad.

El filósofo Tom Morris escribió recientemente que muchas palabras para nombrar lo que él llamó bienes antiguos han sido tergiversadas y degradadas para nombrar imitaciones modernas. De ese modo se confunde la sabiduría con la maña, la dignidad con el glamour, la verdad con la conveniencia, la belleza con la excitación, la bondad con la amabilidad, el carácter con la personalidad, la reputación con la fama y el respeto con el miedo.[9] ¿Les sorprende, entonces, que a los que apoyan el aborto no se les conozca ni como entusiastas “antivida” ni como entusiastas “proaborto”, sino como progresistas proelección? Sin embargo, quienes se oponen a ampliar la definición de matrimonio para incluir las parejas del mismo sexo (y, a fin de cuentas,, ¿por qué no grupos de tres, cuatro o de hasta más?) reciben el absurdo nombre de “homofóbicos” y no simplemente el título de “promatrimonio” o “pronatura.” Las etiquetas que se usan son engañosas y desorientan nuestro pensamiento al ocultar la verdadera naturaleza de lo que se nombra.

EL SIGNIFICADO Y LA NATURALEZA DE LA CONCIENCIA

Esto nos lleva a la palabra *conciencia*, una palabra muy mal usada y muy mal entendida en estos días. Si vamos a la raíz de la palabra, conciencia significa “con conocimiento” (*con scientia*). La conciencia no es un mero sentimiento, y mucho menos una preferencia privada: la conciencia es un poder para distinguir el bien del mal en nuestras propias circunstancias particulares.

El Arzobispo Sheen escribió en una ocasión: “La conciencia no puede provenir de las reglas de la sociedad; de otro modo, nunca nos reprobaría cuando la sociedad nos aprueba, ni nos consolaría cuando la sociedad nos condena”.[10] El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice: “El hombre prudente, cuando escucha la conciencia moral, puede oír a Dios que le habla”.[11]

Pero, ¿y qué pasa con el hombre imprudente, o el hombre que decide que no necesita formar su conciencia estudiando la verdad de Dios y usando su inteligencia? Después de todo, existe la popular (¡y falsa!) escuela de la “ética circunstancial”. En vez de preguntar, como lo deben hacer los católicos, cuál es la voluntad de Dios en este caso, el partidario de la ética circunstancial sólo pregunta: “¿Qué me dicen que debo hacer las circunstancias aquí y ahora?” La dependencia que tiene el católico de Dios se convierte en un encogimiento de hombros sin esperanza: “Todo depende”. ¿Depende de qué? Todo depende del ambiente o del estado de situación actual, de qué me conviene más, o de mis necesidades y apetitos (ver 2 Corintios 10, 12). Los ciscunstancilistas, con toda su “sabiduría” (cf. 1 Corintios 1,25; 3,19) no quieren comprometerse con nada absoluto, puesto que las circunstancias pueden cambiar. La atracción de una persona hacia su cónyuge puede disminuir, así es que ¿para qué estar “atado” en un matrimonio? ¿Por qué debe cualquier compromiso o cualquier voto considerarse permanente? La devoción no sólo es “anticuada,” argumentan los ciscunstancialistas, sino sumamente inoportuno.

A los circunstancialistas les preocupa la autocomplacencia, la “autoestima” y los placeres personales (cf. Is aías 5, 20). Una emotiva canción (1969), que Roy Clark hizo famosa, dice así: “Ayer cuando yo era

joven, el sabor de la vida era dulce como la lluvia en mi lengua. ...Tantas canciones alegres por cantar, tantos placeres locos aguardándome, y tanto dolor que mis ojos ofuscados rehusaban ver. Corrí tan rápido que el tiempo y la juventud al fin se agotaron. Nunca dejé de pensar de qué se trata la vida. Y cada conversación que puedo recordar tenía que ver conmigo mismo y con absolutamente nada más". Frank Sinatra hizo popular una canción que exalta la persona en sí como la norma más alta del atractivo moral: " ¡Lo hice a mi manera!" En contraste, los católicos son llamados a hacerlo — o sea, a vivir la vida — *a la manera de Dios*. Esta manera no es sólo un montón de reglas. Esa es la manera en la que verdaderamente podemos ser profundamente felices. Es la manera de florecer de acuerdo con nuestra propia naturaleza y con el designio de Dios. El Camino de Dios es el camino a la vida.

HACIENDO LA VOLUNTAD DE DIOS

No existen circunstancias en las cuales estemos exentos de nuestra obligación de hacer todo lo que podamos para conocer y cumplir la voluntad de Dios. Tampoco queremos que las haya, porque sabemos que sólo en Dios "vivimos, nos movemos y existimos" (cf. Hechos 17, 28, Romanos 9, 16). Cuando desarrollamos nuestra conciencia — nuestra inteligencia moral — bien y sabiamente, absorbiendo y aplicando las verdades de la Fe, que es la verdad de Cristo, entonces somos verdaderamente libres (cf. Juan 8, 32).

La libertad genuina no es la capacidad de hacer lo que nos plazca; es, más bien, la libertad de ser lo que realmente somos, lo que significa cumplir con el plan y la intención que Dios tiene para nosotros (cf. Romanos 12, 2). Hay un himno católico precioso — *La fe de nuestros padres* — que nos dice "Nuestros padres, encadenados en oscuras prisiones, aun así eran libres de corazón y conciencia. Y bendito sería nuestro destino si, como ellos, muriéramos por Ti". Aquí podemos observar que la sensibilidad de los católicos se encuentran en en el extremos opuesto de la ética circunstancial y la autocomplacencia; nuestra vida de fe es, en su misma esencia, un compromiso con la verdad. Dios y la razón nos aseguran, como criaturas y como pueblo de la Alianza (cf. Mateo 26, 26-29, Marcos 14, 22-25; Lucas 22, 14-20;

1 Corintios 11, 23-26), que nuestra libertad genuina surge del conocimiento de la voluntad de Dios y su cumplimiento. Por eso Cristo, quien manifiesta y cumple la voluntad de Dios Padre a la perfección, nos dice continuamente: "*Sígueme*" (ver Mateo 4, 19; 8, 22; 16, 24; 19, 21; Marcos 2, 14; 8, 34; 10, 21; Lucas 5, 27; 9, 59; 18, 22; Juan 12, 26; 21, 19).

De ahí que San Agustín (354-431) escribiera este bello texto:

Dios eterno, que eres la luz de las mentes que te conocen, la alegría de los corazones que te aman, y la fortaleza de las voluntades que te sirven: concédenos que te conozcamos para que podamos amarte de veras, y así que te amemos para que podamos servirte plenamente, A ti, a Quien servir es la perfecta libertad, por Jesucristo, nuestro Señor.

LAS VIRTUDES: LA BONDAD DENTRO DE NOSOTROS

A Dios no le interesa que nos limitemos a obedecer sus mandatos. A Él le interesa que hagamos mucho más que obedecer los mandamientos y resistir el deseo de violar las leyes integradas a nuestra naturaleza humana. Dios quiere vernos convertidos en hombres y mujeres fuertes y florecientes, de acuerdo con Su designio y a los dones de la gracia. Por su propio poder, Dios quiere no sólo lograr que hagamos lo que es correcto y evitemos lo que es incorrecto, sino que nos convirtamos en personas buenas, las que hacen lo correcto con facilidad, prontitud y alegría. Él quiere que reconozcamos lo buena que es la bondad, y que seamos criaturas que se regocijan en la bondad. Porque la bondad, finalmente, no es más que Dios mismo.

En casi cualquier librería en nuestros días, podemos encontrar toda clase de libros sobre la virtud. Al menos de nombre, la virtud está de moda. Recorriendo los estantes de libros desde "Religión", pasando por "Negocios" y hasta "Superación Personal," uno puede encontrar un sinnúmero de libros que hablarán sobre las virtudes que uno necesita para ser mejor hombre de negocios, inversionista, entrenador, viajero o amante. Sin embargo, la virtud bien entendida no tiene que ver con vender más productos o ganar más juegos. Más bien, las virtudes "son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan

nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien”.[12]

Además de las tres “virtudes teologales” de fe, esperanza y caridad (cf. 1 Corintios 13, 13), las virtudes dadas directamente por Dios para que podamos conocerlo y amarlo de manera sobrenatural (más allá de nuestro poder natural), los católicos — y la tradición occidental en general — también hablan de cuatro virtudes morales o “cardinales”: Prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Estas son llamadas virtudes cardinales porque toda la vida moral depende de ellas: “cardinales” aquí es un adjetivo que proviene de la palabra en latín para “gozne”. Estas cuatro virtudes cardinales — prudencia, justicia, fortaleza y templanza — fueron estudiadas por filósofos paganos de la antigüedad como Aristóteles y son mencionadas en la Biblia como consecuencia de la intimidad con la Sabiduría Divina (ver Sabiduría 8, 7). El teólogo medieval Santo Tomás de Aquino (1225-1274) nos dejó en sus escritos un estudio sin paralelo de las virtudes, y unió varias ramas de la tradición para demostrar cómo están relacionadas las virtudes y cómo cumplen con la recta razón y la ley de nuestra naturaleza humana (la ley natural).

En la Sagrada Escritura Dios nos dice que es necesario poner “el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la tenacidad, a la tenacidad la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad. Pues si tenéis estas cosas y las tenéis en abundancia, no os dejarán inactivos ni estériles para el conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo”. La Biblia nos afirma tambiénque sin las virtudes tenemos un problema serio: “quien no las tenga es ciego y corto de vista” (2 Pedro 1, 5-9).

PRUDENCIA: LA VIRTUD DE LA SABIDURÍA

“Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón, porque de él brotan las fuentes de la vida. Aparta de ti la falsía de la boca y el enredo de los labios arrójalo de ti” (Proverbios 4, 23-24).

“Comienzo de la sabiduría”, nos dice la Biblia, “es el temor de Yahveh” (Proverbios 9, 10; cf. Sirácida 1, 14). Pero hay más: “Confía en Yahveh de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia; reconócele en todos tus caminos y él enderezará tus sendas” (Proverbios 3, 5-6). Sabiduría es el conocimiento de que, ultimadamente, existe un Último. Cuando entendemos que Dios existe (cf. Salmo 53, 2) y que Él nos dio a su Hijo (Juan 3, 16) y que el Hijo, sacrificado, es el mediador entre Dios y el hombre (1 Timoteo 2, 5), hemos aprendido una verdad fundamental de nuestra fe católica. Por nosotros se ha pagado un precio alto (1 Corintios 7, 23), el precio de la pasión y muerte de Cristo. En efecto, nosotros no nos pertenecemos, pertenecemos a Cristo (1 Corintios 6, 19-20). En ese conocimiento está la sabiduría profunda de la Iglesia.

Una vez sabemos que todo lo que somos y que todo lo que tenemos viene de Dios, entonces debemos ser capaces de aplicar este conocimiento a la vida cotidiana. “La *prudencia* es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo”.[13] La prudencia es la virtud por medio de la cual vemos el bien y la manera correcta de ir hacia él.

La prudencia, a la cual podríamos llamar sabiduría, no es una forma tacaña, cobarde, mañosa o artificiosa de enfrentar los problemas de la vida. La Prudencia auténtica más bien consiste en ver los asuntos mundanos o temporales con la perspectiva de lo infinito o de lo eterno. Para el católico, prudencia significa ver las cosas cotidianas y las obras cotidianas como Dios las ve: a la luz de la eternidad. “En todas tus acciones,” dice la Escritura, “ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado” (Sirácida 7, 36; cf. 28, 6). Una de las razones por las que la Iglesia nos da sacramentales tales como medallas y crucifijos bendecidos es porque la presencia de estos recordatorios materiales nos ayudan a recordar a Cristo. De esta forma podemos, de manera práctica y real, estar “enraizados y edificados en Él”, de modo que no nos dejemos engañar imprudentemente “mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo” (Colosenses 2, 7-8; cf. Efesios 4, 14).

Con demasiada frecuencia nos dejamos persuadir de que las respuestas del mundo son sabias cuando, en realidad, lo que el mundo nos aconseja es con frecuencia sólo un atractivo para nuestro orgullo o a nuestra codicia. "Porque la necesidad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 Corintios 1, 25).

JUSTICIA: LA VIRTUD DE LA VERDAD

"No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan" (Tobías 4, 15; cf. Mateo 7, 12).

Vivimos en una época que nos dice que la eutanasia es misericordia, que el suicidio es medicina creativa, y que el aborto es libertad de elección; los tres, por supuesto, son asesinatos.

Vivimos en una época que nos dice que el matrimonio como institución es anticuado, que el divorcio no sólo es frecuente sino a menudo deseable; que la oposición a los matrimonios del mismo sexo es fanática e intolerante. El adulterio y la sodomía, sin embargo, todavía son pecados. "Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. El que permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo" (2 Juan 9).

En la esencia de todo pecado está el orgullo, el orgullo que se convierte en el árbitro del bien y el mal. Según escribió el Santo Padre en su poderosa encíclica *El Esplendor de la Verdad*, el hombre "inicia su historia de pecado cuando deja de reconocer al Señor como a su Creador, y quiere ser él mismo quien decide, con total independencia, sobre lo que es bueno y lo que es malo".[14] Cuando nos hinchamos de orgullo, dejamos fuera a Dios. "¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios" (Santiago 4, 4). Sin duda, San Pablo reconoció esto al escribir que "la ciencia hincha, el amor en cambio edifica" (1 Corintios 8, 1). Trágicamente, el distintivo del hombre moderno es su convicción, no tanto de que Dios no existe (porque el hombre moderno rara vez explora esa cuestión), sino de su existencia es

irrelevante. Para la gente moderna, Dios no es una propuesta seria. Dios no nos ha abandonado, sino que nosotros hemos abandonado a Dios.

Nosotros no podemos ser justos u honrados en nuestros negocios, en nuestra actitud política o en nuestra vida personal a menos que seamos hijos de la luz (Juan 12, 36, 1 Juan 1, 5-6), o sea, a menos que conozcamos y "hagamos" la verdad. Lo que suena como compleja filosofía es realmente muy sencillo: Hacemos lo que somos, y somos lo que hacemos. Todo aquel que miente rutinariamente se convierte en mentiroso; quien roba o estafa rutinariamente se convierte en ladrón o estafador. Lo que sirve de fundamento para mentir, estafar y robar es la noción pecaminosa de que la persona injusta tiene "derecho" a actuar injustamente, que de alguna forma las reglas y normas no se aplican para él, de que él puede estar fuera de la ley. Lo mismo se aplica a los políticos que obedecen, no la ley eterna y natural (Salmo 146, 3-4, Sirácida 10, 3), sino los caprichos y deseos de las personas que han convertido en dios sus apetitos y necesidades. Como nos lo dijo el presidente Abraham Lincoln en uno de sus pasajes bíblicos favoritos, sabemos que todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y casa contra casa cae (Lucas 11, 17). Tampoco puede permanecer mucho tiempo una sociedad con una profunda negación moral. Cuando una sociedad se convierte en una estructura de pecado, el resultado será el colapso moral y la desintegración.[15] Sabemos Quién es la verdad (Juan 14, 6), y sabemos que la verdad nos hará libres (Juan 8, 32), siempre que aceptemos la verdad y la hagamos el centro de nuestra vida. La justicia es la virtud que permite que Dios sea Dios, y trata a todas las cosas en la manera correcta y consistente con la verdad. La justicia es la virtud moral "que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido".[16]

En esta época es muy raro que oigamos que alguien repudie abiertamente a Dios. Invocamos Su Nombre en consejos políticos, en convenciones de negocios, antes de las comidas. Y luego ignoramos Sus mandamientos, Su justicia, Su verdad, porque no son políticamente populares, no son comercialmente lucrativos y a veces nos avergüenzan (cf. Marcos 8, 38). Pero entonces leemos en la Escritura: "Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca"

(Revelación 3, 16), y recordamos, al menos con inquietud temporal, que de Dios nadie se burla (Gálatas 6, 7) y que si decimos que amamos a Dios debemos hacer la voluntad de Dios: “Quien dice ‘Yo le conozco’ y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él” (1 Juan 2, 4).

FORTALEZA: LA VIRTUD DEL VALOR

“Muero como el buen siervo del rey, pero el primero de Dios”. (Últimas palabras atribuidas a Santo Tomás Moro, quien fue decapitado por negarse a aceptar al Rey Enrique VIII de Inglaterra como cabeza de la Iglesia).

Hoy en día, cuando pensamos en el valor, con cuánta frecuencia nos limitamos a las imágenes de Hollywood. El heroísmo genuino — aceptar el peligro, las privaciones y hasta la muerte por Dios — parece ser cada vez más raro. [Los ataques a los Estados Unidos de 2001, en medio de la tragedia, nos han dado nuevos ejemplos de heroísmo que son fuente de esperanza y rezamos por que volvamos a aprender la nobleza de esta virtud].

Más allá de los ejemplos humanos, encontramos — si lo recordamos — el ejemplo supremo del valor de Cristo. Aunque su muerte fue horripilante, a través de la historia muchos han sufrido muertes igualmente terribles. Sabemos que “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Juan 15, 13). Pero sólo una persona en la historia dio su vida para que todos fueran liberados de la carga del pecado. La pasión de Cristo — la agonía en el huerto, los azotes en la columna, la coronación de espinas y las burlas que sufrió, el camino cargando la cruz y la crucifixión misma — fue por amor eterno, incluso por los que lo torturaron y mataron. El amor eterno de Cristo se manifestó en su valor de vivir, morir y resucitar de entre los muertos para que nosotros, todos nosotros, podamos tener vida eterna con Él. De igual forma, su Madre Santísima demostró un valor que no podemos llegar a comprender mientras observaba a su divino Hijo sufrir y morir por las personas que lo ridiculizaban y lo torturaban. Aquí María, según lo expresa el Papa Juan Pablo II, “es signo luminoso y ejemplo preclaro

de vida moral”.[17] ¿Cuántas veces hemos tenido la oportunidad de hablar por Él, pero no lo hemos hecho por vergüenza o falta de valor moral? ¿Cuántas veces hemos tenido la oportunidad de servirle a Él y a sus pequeños pero hemos rehusado (cf. Mateo 25, 40, 45) porque era molesto?

Algunos de nuestros hermanos y hermanas cristianos están sufriendo y muriendo físicamente por Nuestro Señor mientras yo escribo y usted lee estas palabras. Ésa no será la suerte de la mayoría de nosotros, que moriremos en nuestra cama, atendidos por un personal médico y quizás en compañía de miembros de nuestra familia. Mientras vivimos, tenemos comodidades que no alcanzan a imaginar millones de personas de todo el mundo. Aun así, con mucha frecuencia nos falta el valor para llevar la verdad en Su nombre a quienes la necesitan (una de las Obras Espirituales de Misericordia es “corregir al que yerra”; cf. Sirácida 12, 3-4) o cumplir las bienaventuranzas (Mateo 5, 1-12). La fortaleza “asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral…. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa”.[18] Pero es muy raro que seamos llamados a morir con y por Nuestro Señor. Sin embargo, a diario somos llamados a vivir con y por Él. ¿Podemos armarnos el valor para hacerlo?

TEMPLANZA: LA VIRTUD DE LA LIBERTAD

“Llévame por la senda de tus mandamientos porque mi complacencia tengo en ella. Inclina mi corazón hacia tus dictámenes, y no a ganancia injusta. Aparta mis ojos de mirar vanidades, por tu palabra vivifícame”. (Salmo 119, 35-37)

Una vez mi padre me dijo que los pecados de muchas personas son obvios para los demás (como sucede con los glotones, que engordan), sin embargo, los pecados de muchos de nosotros no se ven fácilmente. Lo que él quería decir era que no debemos precipitarnos a juzgar a los que sufren problemas físicos que atribuimos, quizás por equivocación, a su falta de moderación con la bebida, la comida y otras cosas.

Sabemos que Dios ha creado sólo cosas buenas; la forma en que abusamos de ellas es lo que es malo. La comida, la bebida, las medicinas, el sexo, el sueño y las posesiones son todas buenas en sí mismas, y podemos usarlas todas de una manera santa que agrade a Dios y sea para nuestro propio bien. Desafortunadamente, debido a la debilidad, la confusión, los malos hábitos y nuestra propia arrogancia, con frecuencia buscamos y usamos las cosas materiales (uno piensa en el dinero) de maneras que nos hacen daño en vez de ayudarnos.

Las Escrituras nos dicen que quienes con arrogancia hacen mal uso de las cosas buenas de este mundo cometen un acto de idolatría: "…su final es la perdición, su dios es el vientre, y su gloria está en su vergüenza, que no piensan más que en las cosas de la tierra. Pero nosotros somos ciudadanos del cielo" (Filipenses 3, 19-20). Esto es cierto hasta para las cosas buenas como el sueño y el descanso que necesitamos, ¡y para eso se nos dio el domingo! el que duerme y descansa demasiado poco se puede convertir en "trabajador compulsivo"; quien duerme y descansa demasiado cae en el vicio de la pereza o la desidia. El ejercicio es deseable, lo sabemos. El que no hace suficiente ejercicio lo más probable es que se ponga gordo y flojo; quien se ejercita demasiado puede caer en la vanidad y el orgullo. (A algunos de los que hacen horas de ejercicio todos los días les convendría utilizar una parte de ese tiempo "ejercitando" su alma: rezando el Rosario, leyendo la Biblia, o practicando alguna otra devoción). La televisión y otros entretenimientos electrónicos pueden ser buenos, si se usan de manera restringida y realmente enriquecedora; pero visitar una biblioteca para aprender la verdad sobre las cosas — y especialmente la verdad sobre Dios — es mucho más encomiable.

Existe una forma de templanza rara vez mencionada en comentarios sobre esa virtud. Todos necesitamos templanza de la boca. "Mira, cerca tu hacienda con espinos, encierra bien tu plata y tu oro. A tus palabras pon balanza y peso, a tu boca pon puerta y cerrojo" (Sirácida 28, 24-25; 5, 15; 6, 5). "Una respuesta suave", nos dice Proverbios, "calma el furor, una palabra hiriente aumenta la ira" (15, 1, cf. 17, 14). Recordamos el poderoso comentario del Nuevo Testamento que dice "ningún hombre ha podido domar la lengua; es un mal turbulento; está llena de veneno

mortífero. Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios" (Santiago 3, 8-9). Una visita al cine hoy nos suele recordar tristemente el mandato bíblico que dice "No salga de vuestra boca palabra dañosa, sino la que sea conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchen" (Efesios 4, 29; cf. Colosenses 3, 8). La tendencia y tentación de usar el poder de expresión para "desquitarse" es mala, por supuesto, si damos falso testimonio (Éxodo 20, 16) y también si usamos lenguaje obsceno.

La templanza "modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad".[19] Esta virtud, que requiere la práctica de la humildad, está descrita en la Biblia donde leemos que quienes pertenecen a Cristo "han crucificado su carne con sus pasiones y deseos." Y — contrariamente a los muchos males de la carne — el cristiano tendrá los frutos del espíritu: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (Gálatas 5, 18-24).

VIVIENDO LA VIDA BUENA: CÓMO CRECER EN VIRTUD

Sabemos que todos somos pecadores (Romanos 3, 23) y que, por lo tanto, de algún modo vivimos de manera imperfecta las virtudes. Pero sabemos que somos llamados a desarrollar estas virtudes a plenitud, como Nuestros Señor nos lo ha dicho (Mateo 5, 48). Los filósofos de la antigüedad nos dijeron que si queríamos ser valientes, debíamos hacer actos de valor; que si queríamos ser justos, debíamos hacer actos de justicia. Nos convertimos en lo que acostumbramos hacer. Los Apóstoles y sus sucesores, dándonos el Evangelio de Jesucristo, añaden que, para sobreponernos al pecado y ser como Jesucristo, necesitamos su gracia purificadora y transformadora. Más aun, necesitamos cierto aprendizaje y estudio para iluminar nuestra mente: es más fácil amar y hacer el bien cuando se tiene un conocimiento más claro de lo que significan esas palabras.

Sabemos que Nuestro Señor estará con nosotros hasta el final de los tiempos (Mateo 28, 20), que cuando pidamos lo debido, lo

recibiremos (Mateo 7, 7, Lucas 11, 9, Santiago 1, 6-8; 4, 3), de modo que sabemos que no estamos solos y que la gracia es nuestra si rezamos como es debido. La Iglesia de Cristo nos dice que para desarrollar las virtudes cardinales hay una serie de cosas que debemos hacer:

- Asistir regularmente a Misa
- Recibir la Sagrada Comunión y confesar nuestros pecados con frecuencia
- Desarrollar una devoción personal diaria (Rosario, lectura de la Biblia, meditaciones diarias, etc.)
- Leer buenos libros espirituales católicos
- Realizar buenos servicios y obras de caridad
- Tomar las decisiones personales y profesionales a la luz de la eternidad

"Quien dice que permanece en Él [Cristo] debe vivir como vivió Él", leemos en 1 Juan 2, 6. Cristo no sólo es un modelo para sacerdotes y religiosos; Él no sólo es un modelo para nuestro prójimo o para los otros que se encuentran en el banco de la Iglesia; Él es un modelo para *usted* (y para mí).

El mundo, la carne y el demonio: ésos son nuestros adversarios. Nos dicen sin tregua mediante malas enseñanzas, (cf. 2 Timoteo 4, 3-4), películas depravadas, política corrupta, y malas prácticas, que si es que Dios existe, Él no importa; que la Iglesia es si acaso un club de seres humanos y que todas las iglesias son iguales; que las enseñanzas de la Iglesia son anticuadas, prejuiciadas o irrelevantes; que podemos ser nuestro propio dios y hacer lo que queramos cuando queramos; que no hay mandamientos o bienaventuranzas excepto los que inventemos para nosotros mismos; que el único amor que importa se encuentra en el reflejo que vemos en el espejo cada mañana; que las virtudes cardinales son tontas, superficiales, sin sentido.

Pero sabemos que esas son mentiras, porque tenemos la Verdad de Cristo, las enseñanzas de su Iglesia y los sacramentos para ayudarnos a crecer en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres (cf. Lucas 2, 52). También contamos con la ayuda de los que se han ido antes que

nosotros, que interceden por nosotros y a quienes rezamos en la Comunión de los Santos. Y pensamos en San Francisco de Asís (1181-1226) cuya tierna oración de petición capta perfectamente la vida buena a la que Dios nos llama:

Señor, hazme un instrumento de tu paz.
Donde haya odio, siembre yo amor;
donde haya injuria, perdón;
donde haya duda, fe;
donde haya tristeza, alegría;
donde haya desaliento, esperanza;
donde haya oscuridad, tu luz.

¡Oh, Divino Maestro!,
que no busque ser consolado, sino consolar;
que no busque ser querido, sino amar;
que no busque ser comprendido, sino comprender;
porque dando es como recibimos;
perdonando es como Tú nos perdonas;
y muriendo en Ti, es como nacemos a la vida eterna.

La vida de bondad y virtud es, a final de cuentas, la vida de transformación en Cristo. En la sencillez del Evangelio, según lo explica el Papa Juan Pablo II, la moralidad cristiana consiste “en el *seguimiento de Jesucristo*, en el abandonarse a él, en el dejarse transformar por su gracia y ser renovados por su misericordia, que se alcanzan en la vida de comunión de su Iglesia”.[20]

NOTAS AL CALCE

1 Basado en S. Jackson, “The Lottery” (en *The Lottery; or, The Adventures of James Harris*, New York: Farrar, Straus, 1949).

2 Fulton J. Sheen, *Vida de Cristo* (New York: McGraw-Hill, 1958).

3 Juan Pablo II, Encíclica *Veritatis Splendor* (El Esplendor de la Verdad), n. 35. cf. n. 32.

4 *Enciclopedia Católica de Our Sunday Visitor*, p. 971.

5 *Veritatis Splendor* (El Esplendor de la Verdad), n. 99.

6 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, §1810.

7 Harry Blamires, *The Christian Mind*.

8 Juan Pablo II, Encíclica *Evangelium Vitae* (El Evangelio de la Vida), n. 58.

9 Tom Morris, *If Aristotle Ran General Motors: A New Path of Wisdom for the Life of Business and the Business of Life* (New York: Henry Holt, 1997), 207.

10 Fulton J. Sheen, *Levanten sus corazones* (New York: McGraw-Hill, 1950).

11 *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1777.

12 *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1804.

13 *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1806.

14 *Veritatis Splendor* (El esplendor de la verdad), n. 102.

15 *Papa Juan Pablo II*, Encíclica *Evangelium Vitae* (El evangelio de la vida), n.59.

16 *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1807.

17 *Veritatis Splendor* (El esplendor de la verdad), n. 120.

18 *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1808.

19 *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1809.

20 *Veritatis Splendor* (El esplendor de la verdad), n. 119.

FUENTES

De Marco, Donald. *The Heart of Virtue: Lessons from Life and Literature Illustrating the Beauty and Value of Moral Character*. San Francisco: Ignatius, 1996.

Guardini, Romano. *Learning the Virtues that Lead You to God*. Manchester, NH: Sophia, Institute Press, 1999.

Kreeft, Peter. *Back to Virtue: Traditional Moral Wisdom for Modern Moral Confusion*. San Francisco: Ignatius, 1997.

Lewis, C.S. *The Abolition of Man*. San Francisco: Harper, 2001.

Pinckaers, Servais. *The Pursuit of Happiness – God's Way: Living the Beatitudes*. Staten Island, NY: Alba House, 1998.

SOBRE EL AUTOR

El Dr. James H. Toner, es Profesor de Relaciones Internacionales y Ética Militar del Departamento de Estrategia y Liderazgo del Colegio de Guerra de la Fuerza Aérea en donde ha estado enseñando desde 1990. Tiene un Bachillerato de Saint Anselm College, un Título de Maestría de The College of William and Mary, y un Doctorado de la Universidad of Notre Dame.

Dr. Toner ha entrenando equipos de pelota en universidades, colegios y escuelas al igual que en la liga de la juventud. Su mayor interés yace en las áreas de enseñanza e investigación concernientes con la filosofía moral y política, ética militar y educación del carácter. Ha publicado extensamente en la prensa Católica y ha aparecido en EWTN. El y su esposa Rebecca son los padres de tres hijos mayores y abuelos de seis nietos. Es diácono ordenado y está al servicio de la comunicada militar católica en Maxwell Air Force Base/Gunter Annex en Montgomery, Alabama.

«La fe trata de comprender» es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más penetrante suscitará a su vez una fe mayor, cada vez más encendida de amor. La gracia de la fe abre «los ojos del corazón» para una inteligencia viva de los contenidos de la Revelación.

– Catecismo de la Iglesia Católica, 158.

Acerca del Servicio de Información Católica
Los Caballeros de Colón, desde su fundación, han participado en la evangelización. En 1948, los Caballeros iniciaron el Servicio de Información Católica (SIC) para ofrecer publicaciones católicas a bajo costo al público en general, lo mismo que a las parroquias, escuelas, casas de retiro, instalaciones militares, dependencias penales, legislaturas, a la comunidad médica, o a personas particulares que las soliciten. Por más de 75 años, el SIC ha impreso y distribuido millones de folletos y miles de personas han tomado nuestros cursos de catequesis.

El SIC ofrece los siguientes servicios para ayudarle a conocer mejor a Dios:

Folletos Individuales
Contacte al SIC para obtener una lista completa de todos los folletos y para ordenar los que quiera. Visite el sitio www.kofc.org/shopcis.

Curso para Estudiar en Casa
El SIC ofrece un curso gratuito para estudiar en casa por correo. En diez rigurosas lecciones obtendrá una visión general de la enseñaza católica.

Cursos en Línea
El SIC ofrece dos cursos gratuitos en línea. Para inscribirse visite el sitio www.kofc.org/ciscourses.

SERVICIO DE INFORMACIÓN CATÓLICA®

Verdadera información católica y no simples opiniones.

El objeto esencial y primordial de la catequesis es ... «el Misterio de Cristo» ... [Catequizar] trata por lo tanto de descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su Misterio. ***En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad.***

Papa san Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae,* 5
Exhortación Apostólica Sobre La Catequesis En Nuestro Tiempo

Acerca de los Caballeros de Colón
Los Caballeros de Colón, una sociedad de beneficios fraternales fundada en 1882 en New Haven, Connecticut por el Beato Michael McGivney, es la organización más grande de laicos católicos, con más de 2 millones de miembros en América, Europa y Asia. Basados en los principios fundacionales de caridad, unidad y fraternidad, los Caballeros de Colón están comprometidos a fortalecer las familias y las parroquias católicas, y ponen su fe en acción a través del servicio a todos los necesitados. Para buscar más acerca de los Caballeros de Colón visita el sitio www.kofc.org.

Si tiene preguntas especificas o desea obtener un conocimiento más amplio y profundo de la fe católica, el SIC le puede ayudar. Póngase en contacto con nosotros en:

Caballeros de Colón, Servicio de Información Católica
PO Box 1971 New Haven, CT 06521-1971
Teléfono 203-752-4267 • Fax 800-735-4605
cis@kofc.org • www.kofc.org/sic



Caballeros de Colón®

Proclamando la Fe
En el Tercer Milenio

315-S 6/23